

Un Gobernante Ejemplar

"La vida es demasiado corta
para ser pequeña".

Disraeli

Doctor Hernando Gaitán Linares

Con frecuencia suele afirmarse que la denominada "Guerra de los Mil Días" fue la última contienda civil que se libró en Colombia. Tal afirmación sería válida si los conflictos bélicos fueran siempre de características semejantes y se originaran en las mismas causas. Sucede que la guerra —por el contrario— como todos los fenómenos sociales, está sujeta siempre a una constante evolución. Ello se evidencia en el hecho concreto de que los principios y los métodos que informan el arte de la guerra, experimentan transformaciones radicales promovidas por el progreso de las armas, los medios de comunicación y transporte y los avances de la ciencia y la técnica que obran sobre la estructura física y moral de las colectividades humanas. Así —por ejemplo— la Primera y Segunda Guerras Mundiales son incompatibles, pese a que las dos apenas están separadas por una treintena de años aproximadamente. Para darle mayor énfasis a esta apreciación, bastaría argumentar que en Colombia se viene liberando una guerra desde hace varios años. ¡Pero cuán diferente es esta contienda de la llamada de los "Mil Días"! De esta última a la actual se han modificado no sólo la esencia sino todos los fundamentos generadores de la confrontación espiritual y económica de los bandos en acción. Lo único, no obstante reflejar motivos sustancialmente distintos, es siempre el hecho económico. Los demás factores que inciden en el origen, desarrollo y propósitos de los contendientes, difieren unos de otros, ya sea por ausencia total de algunos o por tratarse de nuevos elementos de combustión.

Tras estas consideraciones, podemos ahora sí referirnos directamente al objetivo que perseguimos, como es el de consignar, una vez más, la importancia trascendental, que para Colombia ha representado la actitud realista del Presidente Rafael Reyes, cuando expidió el 8 de mayo de 1909, el Decreto No. 453, por el cual se creó la Escuela Superior de Guerra en nuestro país. Con tan importante disposición, a partir de entonces, transcurridos ya 80 años, nuestras Fuerzas Militares, adquirieron un auténtico carácter profesional. Atrás, y para siempre, quedó relegada la imagen de un ejército beligerante de partido, con la presencia y el accionar de una hueste inequívoca de característica eminentemente nacional.

Este mandatario, que merece y merecerá siempre la admiración y reconocimiento de toda la Nación, no sólo por este acto, sino por muchos otros de singular importancia que consignaremos aun cuando sea muy suscitadamente en el curso de esta publicación, cuando ascendió al solio presidencial, había adquirido los soles de general en el rudo y cruento batallar de las confrontaciones fratricidas. El, como tantos otros caudillos, forjado en las reyertas civiles, cuando los contendientes dirimían sus rivalidades políticas—casi sin armas de fuego— pero sí bajo el influjo de ideales que auguraban ya el nacimiento de una democracia que intentaba emerger del caos que nos legó la contienda de cesión de la madre patria, logró concebir abandonando los resquemores partidistas, una idea de profundo sabor nacionalista y patriótico.

Hoy al evocar la memoria del ilustre mandatario, es, más razonable—justo— rescatar el pasado y testimoniar nuestra admiración y agradecimiento por aquellas realizaciones trascendentales que obraron tan directamente en beneficio de la Nación. Ellas tienen el mérito incuestionable de haber contribuido a pacificar el espíritu de una generación que debía aún atravesar la sima profunda, casi insalvable de los odios y pasiones en que se debatían la economía, la cultura y un futuro peñado de amenazas e imposibles.

Con el ascenso al poder del General Reyes la historia del país cambió de curso. El lema “Menos política y más administración” se abrió paso, se fueron aquietando los espíritus y las armas comenzaron a enmohecer en los desvanes y alacenas.

Con esa firme decisión que caracterizó siempre cada uno de los actos de su agitada vida, este recio caudillo empuñó con mano firme las riendas del vacilante estado. Su clara visión del drama porque atravesaba el país y que parecía cerrar todos los caminos y entenebrecer el horizonte, lo hizo vislumbrar que el mejor expediente para rehabilitar e incrementar la flaca economía, sólo era posible mediante el impulso y la realización de obras públicas y el saneamiento de la economía, del crédito, entre otros impulsos de renovación y de estímulo.

Desde cuando se implantó el papel moneda en 1886, el nivel de las emisiones apenas se había elevado a los cuarenta millones de pesos; pero ya a partir de 1889 las emisiones rebasaron los novecientos millones. Así, la inevitable depreciación del papel moneda, como por sortilegio, alcanzó por el desborde monetario niveles casi increíbles. El tipo de cambio que se había situado al nivel del 412%, llegaba en octubre de 1902 al 18900%, y aún superó el 20000% en ciertas operaciones. La inflación alcanzó proporciones exorbitantes y el crédito cerró abruptamente sus puertas. La guerra había hecho su agosto y los acreedores contemplaban atónitos cómo su

capital de préstamos se esfumaba en la espiral inflacionaria. La incipiente agricultura languideció completamente y se contrajeron al máximo el comercio y las importaciones. Se consumó así el desvertebramiento de la circulación monetaria y de la esfera financiera.

Toda esta dantesca visión de la estructura nacional fue la que columbró el General Reyes. Pero sin vacilar concurrió a la cita con el destino y se enfrentó enérgicamente al dilema.

Del programa que hilvanó el gobierno y que fueron difundiendo los hechos, el país comenzó a palpar sus efectos bienhechores en la medida que los medios y los recursos disponibles posibilitaron la acción gubernamental. En primer término, creó el Ministerio de Obras Públicas; impulsó el Ferrocarril del Pacífico hasta llevarlo a 82 kilómetros de Buenaventura; el de la Sabana se situó a las puertas de Girardot; Ambalema logró presenciar por fin el logro de sus aspiraciones cuando las locomotoras alcanzaron sus arrabales; ramales férreos fueron depositando el banano de las plantaciones de Santa Marta y Fundación; los campesinos y los terratenientes de varias regiones por cuyos caminos de herradura transitaban sus recuas de animales, presenciaron por fin que aquellos se fueron reemplazando por amplias vías carretables; en Belén de Cerínza las gentes vieron asombradas al señor presidente descender del primer automóvil que conoció Colombia; de Barranquilla a Girardot las distancias parecieron encogerse cuando los viajes se redujeron a ocho días por el gran río de Colombia, que en jornadas interminables, habían conducido a los conquistadores hacia la ansiada meseta de sus aspiraciones; el impulso dado a la expansión industrial cobró a partir de entonces un progreso ininterrumpido, que algún día habría de otorgarle al país un lugar destacado al manufactura mundial de mercancías.

El gran cambio que se operó en la economía bajo la administración Reyes, habría de reflejarse en el manejo de la administración pública principalmente por la incorporación a la misma de hombres prácticos extraídos de la actividad privada, que al incorporarse al sector público lo revitalizaron y le llevaron el poderoso aliento del comercio y de la industria particulares.

El hálito bienhechor que difundió el gobierno del General Reyes sobre la vida nacional, creó en los futuros gobernantes una nueva concepción de los hechos y de las cosas, que se prolongaría en el tiempo, y que hoy al sopesarse con la serenidad que comporan los años, puede apreciarse a cabalidad en toda su extensión y lineamientos.

BIBLIOGRAFIA

1. Manual de Historia de Colombia. Instituto Colombiano de Cultura.
2. Historia Económica de Colombia. De Enrique Caballero.